



16/ Guayaquil
I semestre 2026
ISSN 2631-2824

El cuerpo transgresor

Cuerpo y conciencia en el relato «La doble y única mujer» (1927), de Pablo Palacio

Andrés Landázuri

Universidad de las Artes

andres.landazuri@uartes.edu.ec

Resumen

El artículo analiza el cuento «La doble y única mujer» (1927), de Pablo Palacio, planteando una reflexión sobre la relación entre cuerpo, lenguaje y norma social. La figura de la mujer siamesa, a la vez doble y una, encarna una subjetividad que desestabiliza los límites de lo considerado «normal». Su diferencia corporal obliga a tensionar el lenguaje, revelando su carácter restrictivo y su vínculo con construcciones morales y sociales. El texto muestra cómo esta corporeidad anómala cuestiona las estructuras de poder, especialmente las de raíz patriarcal, evidenciando la violencia que sostiene la normalidad. Asimismo, examina la imposibilidad de integración social del cuerpo distinto, visible en ámbitos como

el amor y la vida cotidiana. Finalmente, la mujer doble funciona como símbolo de la diferencia y de la potencia transgresora de la vida, capaz de exponer los límites arbitrarios de las categorías sociales y abrir nuevas posibilidades de existencia.

Palabras clave: Pablo Palacio, vanguardias, cuerpo, conciencia, narrativa ecuatoriana

Abstract

The article analyzes the story “La doble y única mujer” (1927) by Pablo Palacio, proposing a reflection on the relationship between body, language and social norm. The figure of the Siamese woman, at once double and one, embodies a subjectivity that destabilizes the limits of what is considered “normal.” Their bodily difference forces language to be tense, revealing its restrictive nature and its link with moral and social constructions. The text shows how this anomalous corporeality questions power structures, especially those with patriarchal roots, evidencing the violence that sustains normality. Likewise, it examines the impossibility of social integration of the different body, visible in areas such as love and daily life. Finally, the double woman functions as a symbol of difference and the transgressive power of life, capable of exposing the arbitrary limits of social categories and opening new possibilities of existence.

Keywords: Pablo Palacio, avant-garde, body, consciousness, Ecuadorian narrative

Preliminares

En enero de 1927, bajo el sello de la Imprenta de la Universidad Central de Quito, aparecía el conjunto de relatos *Un hombre muerto a puntapiés*, uno de los cuentarios que la historia literaria considera de lo más original e influyente que haya producido la literatura ecuatoriana. Entre sus nueve textos se incluía el peculiar relato «La doble y única mujer», en el que una voz femenina —un cuerpo siamés de dos cabezas, dos pechos, cuatro piernas y cuatro brazos, pero un solo torso— narra en primera persona la historia de su vida, planteando con ello una composición novedosa y logrando una conmovedora visión de mundo.¹

La mujer «doble» que el lojano Pablo Palacio crea y hace hablar en este relato es, además de extraña en su configuración física —*monstruosa*, diríase—, un espíritu singular que reflexiona sobre la existencia en un sentido amplio y propone, a través de su particular comprensión de las cosas, una mirada crítica hacia el mundo que la rodea. Su percepción a la vez distintiva y distinta la convierte en una observadora capaz de romper los modelos habituales del ordenamiento social e irrumpir, por su sola diferencia en cuerpo y en conciencia, como una posibilidad de transformación de su entorno. La doble y única mujer se constituye, por tanto, como un elemento al mismo tiempo real y simbólico que, partiendo de una diferencia originada en la corporeidad —su supuesta *deformación*—, es transgresor y revulsivo, capaz de quebrar los lineamientos de la «normalidad» y ofrecer un espacio para reflexionar la diferencia.

Un cuerpo dividido que es uno. Una conciencia que resulta de la división. Una crisis que opera sobre el cuerpo —pero que también parte de él—, y que nos muestra con desenfado, en su misma materialidad, la candidez de nuestros convencionalismos

¹ Seguimos la edición presente en Pablo Palacio, *Obras completas*, edición crítica coordinada por Wilfrido H. Corral (Nanterre: ALLCA XX, 2000), 33–42.

y la hipocresía de nuestras normas. La mujer doble de Palacio es, en suma, un conflicto que nos revela los caminos sobre los que el cuerpo social está acostumbrado a transitar sin percatarse de sus absurdos límites.

En ese marco, el propósito del presente artículo es visitar este texto «clásico» de las letras ecuatorianas para leer en él este gesto de ruptura y ahondar en sus implicaciones.

Conciencia y lenguaje del cuerpo «otro»

Ha sido preciso que me adapte a una serie de expresiones difíciles que solo puedo emplear yo, en mi caso particular. Son necesarias para explicar mis actitudes intelectuales y mis conformaciones naturales, que se presentan de manera extraordinaria, excepcionalmente, al revés de lo que sucede en la mayoría de los “animales que ríen”.²

16 Así arranca la narración de la mujer doble de Palacio: con una clara y decidida demarcación de su singularidad individual y, por consiguiente, con una plena conciencia de sí que la protagonista asume como lugar de enunciación desde el cual va a desplegar su relato. Al hacerlo —al tomar para sí la enunciación y reivindicar con ello una cosmovisión particular—, la narradora se ubica en el centro de la referencialidad del texto y, como su única medida explícita, da la pauta de lo que dentro de él será posible.

Este posicionamiento enunciativo que abre el relato, sumado a la descripción física de sí misma que hace la narradora ya en el segundo párrafo del texto, plantea una ruptura de lo que podría entenderse como *normalidad* y alerta a los lectores sobre la diferencia activa en el plano mismo de la vida desplegada. Se trata, de alguna forma, de un quiebre profundo en la cotidianidad de lo *normal*. De hecho, la marca fundamental de la visión que se despliega en la narración de este relato será precisamente la entera conciencia de una condición que se presenta como diferen-

² Palacio, *Obras completas*, 33.

te, especial, distinta de «la mayoría». Es tal la asunción de esa particularidad ontológica para quien habla, que la narradora se ve en la obligación de disculpar su propio decir en aras de una pretendida *corrección*: «Aquí me permito, insistiendo en la aclaración hecha previamente, pedir perdón por todas las incorrecciones que cometeré»³.

Hay, pues, una suerte de escisión entre la conciencia de anormalidad asumida plenamente por la narradora y la capacidad de esa conciencia por articular materialmente su propia experiencia de realidad, es decir, por poner en palabras la diferencia esencial de esa realidad que se reconoce como propia. De ahí que las «incorrecciones» que habrán de cometerse se conviertan en un problema de lenguaje que deba ser asumido por los «gramáticos», a quienes la narradora pide «modificar, para los posibles casos en que pueda repetirse el fenómeno, la muletilla de los pronombres personales, la conjugación de los verbos, los adjetivos posesivos y demostrativos, etc.»⁴. El problema, como es evidente, tiene como punto de partida la singularidad corporal que se muestra como radicalmente diferente de lo que resulta «normal» para las personas que son las destinatarias del relato. La mujer *doble*, cuya diferencia corporal con el resto de personas es a todas luces evidente, no puede nombrarse de manera precisa con los recursos disponibles en el lenguaje cotidiano para la designación de los cuerpos «normales», lo cual la obliga a una enunciación que rompe la gramaticalidad pretendidamente «correcta»: «Mi espalda, mi atrás, es, si nadie se opone, mi pecho de ella. Mi vientre está contrapuesto a mi vientre de ella [...]»⁵, etc.⁶

Como vemos, el trasfondo de la visión que plantea la mujer doble de Palacio parte de un problema de enunciación, que es

3 Palacio, *Obras completas*, 33.

4 Palacio, *Obras completas*, 33.

5 Palacio, *Obras completas*, 33.

6 El posesivo en primera persona (mi) referido a un objeto (pecho) determinado como ajeno por la preposición (de) en conexión sintáctica con la tercera persona (ella) sería considerado por la gramática normativa como un anacoluto.

de donde se desprende la dificultad para explicitar la identidad asumida. En otras palabras, la conciencia desde la que la narradora enuncia se muestra como un problema de enunciación en sí mismo: su peculiar condición física la obliga a forzar los mecanismos habituales del lenguaje para poder designar su propia corporeidad en un contexto que sea comprensible y *correcto* en los términos en los que su audiencia puede concebirlo. Ese mero hecho da cuenta de un cuestionamiento implícito al lenguaje como categoría de ordenamiento de la realidad, dejando ver que sus procedimientos, más que referir elementos concretos en un sentido comunicativo, crea sentidos restrictivos que dirigen la enunciación y permiten solo cierto tipo de verdades, excluyendo aquellas que no se ajustan a sus propios parámetros de realidad.⁷

Siguiendo estas ideas, la problemática se hace extensiva a las implicaciones simbólico-sociales del lenguaje, y, por ende, se expresa en términos morales:

18

Creo que no está de más [...] hacer extensiva esta petición [la de perdonar las incorrecciones] a los moralistas, en el sentido de que se molesten alargando un poquito su moral y que me cubran y que me perdonen por el cúmulo de inconveniencias atadas naturalmente a ciertos procedimientos que traen consigo las posiciones características que ocupo entre los seres únicos.⁸

Así, el problema de la anormalidad —de la identidad *diferente*— se revela en realidad como un problema de enunciación —de lenguaje—, el cual, a su vez, pone en evidencia un proble-

⁷ La idea detrás de esta concepción, muy afín al pensamiento contemporáneo en torno al carácter del lenguaje y su relación con la realidad, puede rastrearse, como ejemplo relevante, en los planteamientos de Friedrich Nietzsche, para quien las categorías conceptuales con las que se ordena la realidad en términos pretendidamente concretos no son otra cosa que el conjunto metafórico generado por el lenguaje y solo son posibles a través de él. Muy revelador en ese sentido es el ensayo «Sobre verdad y mentira en sentido extramoral», en *Sobre verdad y mentira* (Madrid, Tecnos, 1998), 15-39.

⁸ Palacio, *Obras completas*, 33.

ma de moral. Quien dicta las categorías de verdad o realidad con las que puede construirse una identidad al interior de la «normalidad» es, en ese sentido, el uso social del lenguaje, el cual a su vez está determinado por las implicaciones morales que ese mismo lenguaje construye y permite precisamente como ámbito de lo «normal».

Lo que supone un problema para la narradora no es una debilidad en su conciencia identitaria como tal —la cual se muestra decidida desde el principio—, sino una incapacidad de adaptar esa conciencia al concepto público de lo «normal», en tanto los parámetros morales que se manejan en el interior de él no son compatibles con la diferencia que implica la peculiar identidad de la mujer doble. Esa identidad, además, como hemos visto, está fraguada desde la diferencia corporal, es decir, desde la materialidad misma del cuerpo que la conciencia habita, reconoce y acepta. De ahí que la posición enunciativa de la mujer doble en el relato de Palacio sea una posición crítica y, aun a pesar suyo, transgresora: se trata de un lugar desde el cual, por el mero hecho de la existencia anómala —la diferencia corporal—, se ponen en cuestión los mecanismos de ordenamiento del lenguaje y, a través de ellos, de los mecanismos de ordenamiento del cuerpo social que este posibilita y habita.

Ahora bien, aquello de que la conciencia enunciativa de la doble y única mujer se presenta como firme y plenamente asumida es un hecho matizable en el conjunto del relato, pero en términos generales puede corroborarse a partir del propio título. La mujer «doble» de Palacio es también una mujer «única», esto es, «una». Su decir es el resultado de un conflicto ya resuelto en el pasado: quien nos habla es en verdad la parte vencedora, la mitad que ha impuesto su fortaleza y dirige la motricidad y la voluntad del cuerpo, obligando a la otra, resignada, a seguir órdenes y caminar de espaldas. Dicha condición está expresada en diversos momentos de la narración de manera

categoría: «Existe dentro de este cuerpo doble un solo motor intelectual que da por resultado una perfecta unicidad en sus actitudes intelectuales»⁹; o «Desde ese momento, yo—primera, como superior, ordeno los actos, que son cumplidos sin réplica, por yo—segunda»¹⁰, etc.

Así, el ser doble se supera en la unicidad de una voluntad dominante, aunque externamente pueda pensarse en una duplicidad:

Lo que ha hecho afirmar a mis espectadores que existe en mí la dualidad que he refutado ha sido principalmente la propiedad que tengo de poder mantener conversación ya sea por uno u otro lado. Les ha engañado eso del *lado*.¹¹

20

Si bien la narradora deja ver ciertos ámbitos en los que aparecerían posibles quiebres de la unidad volitiva que esa «yo—primera» ha impuesto sobre esa «yo—segunda» —v. gr.: «En ciertos casos, especialmente cuando se trata de recuerdos, mis cerebros ejercen funciones independientes, la mayor parte alternativas»¹²—, la condición que prima en el relato es la de una sola voluntad que aplaca la duplicidad y que es desde donde parte la conciencia para apropiarse de la enunciación y desarrollar su relato: «Hay *entre mí* —primera vez que se ha escrito bien *entre mí*— un centro a donde afluyen y de donde refluyen todo el cúmulo de fenómenos espirituales, o materiales desconocidos, o anímicos, o como se quiera»¹³. La condición peculiar de la mujer que narra —a la vez doble y una— establece así una nueva normalidad. Aunque la narradora se sabe diferente y está muy consciente de lo que ello implica en el ámbito de su existencia

9 Palacio, *Obras completas*, 34.

10 Palacio, *Obras completas*, 35.

11 Palacio, *Obras completas*, 36.

12 Palacio, *Obras completas*, 35.

13 Palacio, *Obras completas*, 36.

social —y quizá precisamente por eso—, su condición la sitúa al interior de una experiencia asumida como propia al punto de que se constituye como única posible: «Yo no sé lo que sería de mí de estar constituida como la mayoría de los hombres; creo que me volvería loca»¹⁴. No hay, por tanto, una disolución de la conciencia pensante o un conflicto en el interior de ella que se oponga activamente al poder homogeneizador de la normalidad social, sino simplemente un distanciamiento con relación a este que proviene de la materialidad misma del cuerpo. El problema que plantea la doble y única mujer se expresa, en consecuencia, no en el quiebre de los procesos cognoscitivos del yo o de la categoría misma del pensamiento (el *cogito*), sino en la incapacidad social de llevar al seno de su «normalidad» la diferencia sostenida por un cuerpo a la vez vivo y extraño que irrumpe en ella para ponerla en riesgo.¹⁵

Lo anómalo como fuerza transgresora

21

Para entender el carácter transgresor del cuerpo diferente —si bien habitado por una conciencia plenamente asumida— es revelador el conocimiento del origen del ser doble tal como se explicita en el relato. Según nos lo cuenta la narradora, su madre, durante el embarazo, fue impresionada por «unos cuentos extraños» y «unas cuantas estampas» de cuerpos anómalos que su médico le mostraba por distraerla de su soledad y aburri-

14 Palacio, *Obras completas*, 35.

15 Esto lo afirmamos a pesar de que la narradora en su momento pretende hacer una crítica al racionalismo, cuando intenta explicar la unicidad de su voluntad frente a la duplicidad de su cuerpo: «Esta dificultad, que de seguro no será allanada por nadie, sé que me va a traer el calificativo de desequilibrada porque a pesar de la distancia domina todavía la ingenua filosofía cartesiana, que pretende que para escuchar la verdad basta poner atención a las ideas claras que cada uno tiene dentro de sí, según más o menos lo explica cierto caballero francés» (Palacio, *Obras completas*, 36). Esta postura crítica no se sostiene en el conjunto de la narración, siendo como es la narradora una conciencia lúcida y lógica que ordena el mundo a partir de las evaluaciones racionales que hace sobre él.

miento. El efecto de esa impresión habría sido lo que produjo la peculiaridad del cuerpo en gestación: «Sucedió con mi madre que, en cierto modo ayudada por aquel señor médico, llegó a creer tanto en la existencia de individuos extraños que poco a poco llegó a figurarse un fenómeno del que soy retrato»¹⁶. Lo verdaderamente revelador a este respecto, sin embargo, es el carácter de imposición social que se ejerce sobre la madre de la narradora y que es lo que produce la supuesta anormalidad: es el médico quien somete a la madre a los estímulos perturbadores y es el mismo médico, junto con otras figuras masculinas de relevancia social, quienes buscan explicaciones que justifiquen la anomalía: «Todo esto se lo he oído después a ella misma en unos enormes interrogatorios que le hicieron el médico, el comisario y el obispo, quien naturalmente necesitaba conocer los antecedentes del suceso para poder darle la absolución»¹⁷. Tal parecería que es la fragilidad de la madre de la narradora, y su condición susceptible y subordinada, la que produce la anomalía del cuerpo. O más bien, es la coerción ejercida sobre ella desde las figuras masculinas la que establece su subordinación y permite la debilidad de la cual el cuerpo anómalo es un resultado. Esta violencia masculina ocurre antes y después del embarazo, y viene a ubicarse en el centro mismo de la «normalidad» a la que están abocados los cuerpos sociales:

Apenas me vieron, horrorizados, el médico y el ayudante, se lo contaron a mi padre, y éste, encolerizado, la insultó y la pegó, tal vez con la misma justicia, más o menos, que la que asiste a algunos maridos que maltratan a sus mujeres porque les dieron una hija en vez de un varón como querían.¹⁸

16 Palacio, *Obras completas*, 37.

17 Palacio, *Obras completas*, 37.

18 Palacio, *Obras completas*, 37.

Así, el ejercicio de la violencia —que está en la génesis de la mujer doble y que se confirma con la reacción del padre— da la pauta de los estatutos de normalidad social que ese cuerpo extraño llega para combatir desde su propia constitución como ser. Dicho de otra forma, el cuerpo extraño aparece como resultado de una acción violenta que se ejecuta al interior de la «normalidad» social, y como tal puede entenderse como una reacción que enfrenta esa «normalidad» y le muestra sus límites. Esto lo hace a través de la diferencia, de la anomalía, es decir, de la transposición de las fronteras establecidas para el cuerpo justamente desde esa «normalidad».

La importancia simbólica del cuerpo femenino toma aquí una relevancia singular. No es casual que la figura doble y única que crea Palacio sea precisamente una mujer, y que sea su cuerpo el elemento transgresor que ponga en riesgo la homogeneidad de lo social. La doble y única mujer aparece, entonces, como una ruptura de la normalidad que establece lo femenino desde el cuerpo y sus funciones sociales. Su presencia en el seno de lo social no solamente critica la composición absurda y violenta de lo «normal» —como imposición masculina—, sino que cuestiona la femineidad misma, llevando la normalidad a la categoría de lo anómalo por medio de la revelación de su condición absurda: «Madre me tenía una cierta compasión insultante para mí, que era tan hija suya como podía haberlo sido una tipa igual a todas, de esas que nacen para hacer *pucheritos* con la boca, zapatear y coquetear»¹⁹.

El padre de la mujer doble, en calidad de figura de poder que sostiene el aparato social desde su hegemonía como cabeza de familia, rechaza la deformidad de su hija y la combate: «Padre, cuando me encontraba sola, me daba de puntapiés y corría», a la vez que se escuda en la hipocresía para no revelar la monstruosidad de su normalidad: «A mis llantos, era de los

¹⁹ Palacio, *Obras completas*, 37.

primeros en ir a mi lado; acariciándome uno de los brazos, me preguntaba [...]: “Qué es lo que te ha pasado, hijita”»²⁰. Esta tensión que se establece entre los padres dispuestos a defender su pretendida normalidad y la presencia del cuerpo extraño de la hija siamesa producen la ruptura de la estructura familiar, lo cual concluye en el suicidio del padre y la separación de la hija doble que usa su herencia para emanciparse de su madre apenas cumple los 21 años.

Este proceso de tensión llega a su punto más revelador cuando la hija se desespera ante la intención de su padre de encerrarla en un hospicio y le implora que no lo haga. Al hacerlo, es de nuevo la deformación de su cuerpo la que la priva de acceso a la normalidad simbólica y le da al personaje una categoría transgresora. En el episodio referido, la siamesa se abstiene de entrar al juego (hipócrita) de la normalidad al ser físicamente incapaz de adoptar la postura sumisa del arrodillamiento:

24

Si lo habría podido hacer, me hubiera arrodillado de buena gana para pedirselo, porque había alcanzado a observar que las súplicas, los lamentos y alguna que otra tontería adquieren un carácter más grave y enternecedor en esa difícil posición; hombres y mujeres pudieran dar lo que se les pida, si se lo hace arrodillados, porque parece que esta actitud elevara a los concedentes a una altura igual a la de las santas imágenes en los altares.²¹

En síntesis, la asunción abierta y decidida de su identidad a través de la diferencia corporal hace de la mujer siamesa del relato en elemento explosivo, irreconciliable con los parámetros requeridos por su entorno para la manutención de lo considerado normal. En ese sentido, solo la mujer deforme y anómala —esto es, no confinada a los límites del cuerpo «bello», ni sometida a

20 Palacio, *Obras completas*, 37.

21 Palacio, *Obras completas*, 38.

las constricciones del control familiar— puede enfrentarse a la posición de la mujer sometida y «normalizada» por la actividad social, y al hacerlo no solo es capaz de ofrecer una resistencia ante el modelo que aquella supone, sino que además revela el carácter impositivo y artificial de esa normalidad que actúa como mecanismo de control homogeneizador y somete a la mujer a la coerción impuesta por lo masculino.

A pesar de esto que hemos dicho, también es necesario afirmar que a la mujer anómala del texto de Palacio no le está dada la oportunidad de verdadera liberación. Alejada de la familia y en principio libre de las ataduras estrechas de ese núcleo social, la mujer doble continúa su vida en constantes choques con la normalidad que revelan su naturaleza transgresora. Esta transgresión de índole social, ejercida por la mujer siamesa, parte siempre de su conformación física, es decir, de su propia corporeidad, lo cual puede verse, por ejemplo, en la relación que se establece entre cuerpo y objeto en el caso de los muebles:

25

La condición esencial para que un mueble mío sea un mueble en el cerebro de los demás, es que forme yo parte de ese objeto que me sirve y que no puede tener en ningún momento vida íntegra e independiente.²²

La normalidad establecida por el cuerpo fuera de norma de la siamesa establece, así, sus propios parámetros de realidad y al hacerlo impugna las prácticas sociales que establecen los códigos de convivencia: la siamesa se priva cada vez más del costado público porque su cuerpo mismo le impide acceder, de manera material, a los requisitos mínimos de la socialización: a los espacios físicos donde la gente puede o debe interactuar.

22 Palacio, *Obras completas*, 39.

Lo mismo sucede cuando irrumpe la mayor crisis del cuerpo extraño frente a la normalidad: la causada por la imposibilidad de acceder al amor. Este aspecto evidencia la ruptura profunda de la siamesa con el ámbito social, lo cual se inicia por una crisis de afecto: «En especial mi amor a los niños acaba por hacerme llorar. Quisiera tener a alguno en mis brazos y hacerle reír con mis gracias. Pero ellos, apenas me acerco, gritan asustados y corren»²³. A esto se suma la prueba mayor de la experiencia amorosa, cuando la atracción sentimental por un hombre produce la más aguda de las crisis de la narradora. El cuerpo doble de la siamesa vuelve a interferir en el proceso amoroso y al hacerlo lo cuestiona como mecanismo de interacción social.

El esquema amoroso se rompe cuando la exigencia del deseo pone en conflicto a las dos partes del cuerpo doble: ya que ambas sienten igual atracción por el amado, la una siente celos de la otra. Ninguna puede sentir plena complacencia en el amor por la presencia de la otra que se siente insatisfecha con la satisfacción de la una. El amor, así, pasa de ser un mecanismo conciliador a ser una fuente de conflicto:

Todos estos pensamientos, que eran de solidaridad, estaban acompañados por un odio invencible a mi segunda parte; pero el mismo odio era sentido por ésta contra mi primera. Era una confusión, una mezcla absurda, que me daba vueltas por el cerebro y me vaciaba los sesos.²⁴

A la vez, el conflicto revela su costado transgresor cuando se ve en comparación con los mecanismos pretendidamente normales de los códigos amorosos, lo cual muestra el fondo de crítica social que acompaña siempre al cuerpo extraño en el texto de Palacio: «Mi amor era imposible, mucho más imposible que los casos novelados de un joven pobre y oscuro con una joven

²³ Palacio, *Obras completas*, 40.

²⁴ Palacio, *Obras completas*, 40.

rica y noble»²⁵. El amor pasa a ser cuestionado en su pretensión de unidad al oponérsele la duplicidad del cuerpo deforme que lo vuelve imposible en tanto introduce la diferencia, lo cual pone de manifiesto al amor como otro de los mecanismos sociales de control que se ven cuestionados por el cuerpo diferente: «Nadie puede quererme, porque me han obligado a cargar con éste mi fardo, mi sombra; me han obligado a cargarme mi duplicación»²⁶. Es de nuevo el cuerpo anómalo, con su mera corporeidad, el que le ha quitado al mecanismo social —el amor— su capacidad normativa y normalizadora.

Este continuo conflicto es finalmente lo que vuelve imposible la existencia del cuerpo siamés y produce su aniquilamiento. La narradora se percata de una irrupción infecciosa aparecida de pronto en los labios de yo-segunda y se sorprende cuando los médicos le hablan de «proliferación de células» y «neoformaciones». Es como si en el propio cuerpo *desnormalizado* de la narradora apareciera otro cuerpo que rompe la estabilidad y amenaza el conjunto: «Esta dualidad y esta unicidad al fin van a matarme. Una de mis partes envenena al todo»²⁷. Tal como ella misma representa una amenaza al orden de la normalidad social como cuerpo extraño que la desestabiliza, es la aparición de un cuerpo también extraño para su propia y asumida normalidad la que pone en peligro su constitución y la proyecta hacia la disolución, hacia la muerte. Parecería que Palacio es incapaz de controlar las implicaciones de su creación y se ve obligado a desestabilizarla para lograr alguna clausura en su relato. Y lo hace usando el mismo mecanismo simbólico que la mujer doble y única representa: de nuevo el cuerpo extraño aparece como el mecanismo de la transgresión.

25 Palacio, *Obras completas*, 41.

26 Palacio, *Obras completas*, 41.

27 Palacio, *Obras completas*, 42.

A manera de cierre

La mujer doble del relato de Palacio, en suma, opera como la simbolización de la diferencia. Se trata de un cuerpo que desde su exterioridad pone en crisis las esencias singulares de los otros cuerpos, y al hacerlo los cuestiona en su supuesta esencialidad.²⁸ Ese cuestionamiento que se plantea desde la misma corporeidad, desde la diferencia material de los cuerpos, nos permite ver la forma en la que se organizan colectivamente los conceptos reguladores del cuerpo y sus implicaciones sociales. La categoría simbólica de este personaje no ha de buscarse propiamente en el alegato que parte de su conciencia para criticar o revelar las imposiciones a las que es sometido, sino más simplemente en su corporeidad, la cual establece una diferencia capaz de oponerse al ejercicio normalizador del poder —que aquí aparece a la vez como atributo moral del lenguaje y como imposición masculina—, y capaz de revelar su carácter impositivo y vacío.

28

El esfuerzo del personaje femenino desplegado en este relato ubica la existencia como posibilidad transgresora, y por ello se opone a la jerarquización e imposición normativa que el poder pretende imponer sobre ella. En ese sentido, es un personaje que contradice el dominio de la biopolítica entendida desde el ejercicio del poder hegemónico. Podría decirse que la doble y única mujer de Palacio transgrede los lineamientos de poder con solo oponerle a la normativa del cuerpo una corporeidad que no puede ser asumida por ella. Así, la «nueva normalidad» de la mujer doble y única no solo plantea la posibilidad de la diferencia —el desvío, la imprecisión, el error— al interior de la vida, sino que también revela los mecanismos limitados y limitantes sobre los que toda «normalidad» se construye para poder serlo.

28 Para estas ideas hemos acudido al texto de Jean-Luc Nancy y Phillip Warnell, «Strange Foreign Bodies», *Lacanian Ink*, n.º 32 (2008): 122-133.

Entendida la vida como posibilidad de error y como capacidad de desvío —así como la pensara Foucault en su momento—,²⁹ esta abre un espacio transgresor que mira más allá del «yo» social como instancia ordenadora de la experiencia, poniendo en cuestión los mecanismos de organización colectiva que parten del logocentrismo —esto es, de la capacidad normativa del lenguaje— y que se sustentan la aceptación ciega de lo real. El aporte del cuerpo doble de la mujer de este relato es devolverle a la vida su capacidad de transgredir todo aquello que, sin pensarlo, asumimos cotidianamente como «normal». Desde su cuerpo extraño que se asume como tal y desde su condición que enfrenta el mundo, la doble y única mujer de Palacio es un ejercicio de rebeldía que ilumina las posibilidades —siempre abiertas, siempre imprecisas— de la vida en su ejercicio de ser.

Bibliografía

Deleuze, Gilles. «La inmanencia: una vida...». En *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Compilación de Gabriel Giorgi y Fermín Rodríguez, 35–40. Buenos Aires: Paidós, 2007.

Foucault, Michel. «La vida: la experiencia y la ciencia». En *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Compilación de Gabriel Giorgi y Fermín Rodríguez, 42–57. Buenos Aires: Paidós, 2007.

Nancy, Jean-Luc y Phillip Warnell. «Strange Foreign Bodies». *Lacanian Ink*, n.º 32 (2008): 122–133.

²⁹ Aludimos en concreto al texto «La vida: la experiencia y la ciencia», en *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*, compilación de Gabriel Giorgi y Fermín Rodríguez, 42–57 (Buenos Aires: Paidós, 2007). Debemos notar también que el conjunto de nuestras conclusiones son deudoras de las reflexiones contenidas en Gilles Deleuze, «La inmanencia: una vida...» en *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*, compilación de Gabriel Giorgi y Fermín Rodríguez, 35–40 (Buenos Aires: Paidós, 2007).

Nietzsche, Friedrich. «Sobre verdad y mentira en sentido extramoral». En *Sobre verdad y mentira*. Edición de Friedrich Nietzsche y Hans Vaihinger, 15–39. Madrid: Tecnos, 1998.

Palacio, Pablo. «La doble y única mujer». En *Obras completas*. Edición crítica coordinada por Wilfrido H. Corral, 33–42. Nanterre: ALLCA XX, 2000.

Andrés Landázuri

Quito, 1981. Doctor en Literatura Latinoamericana por la Universidad Andina Simón Bolívar (UASB), Ecuador. Es autor de los poemarios *El final de los días* (2014), *Diario de piedras* (2018) y *Perro del alba* (2026). Entre sus estudios de literatura constan los libros *El legado Sangurima. La obra literaria de José de la Cuadra y Espejo, el ilustrado* (ambos del 2011), además de diversos artículos de crítica literaria en publicaciones dentro y fuera del país. Es también editor del libro *Bastard@s. Ensayos sobre literatura ecuatoriana del siglo XXI* (2026).